

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/235799063>

“¿Qué es América Latina? El nombre, la cosa y las complicaciones para hablar de ellos

Conference Paper · October 2009

CITATIONS

2

READS

4,658

1 author:



Ernesto Bohoslavsky

Universidad Nacional de General Sarmiento

72 PUBLICATIONS 64 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



A transnational history of South-American Right wing parties between 1917 and 1948 [View project](#)



Contra "imberbes", "putas" y "maricas". Las derechas argentinas, chilenas y uruguayas frente a los cambios en las identidades de género y generacionales (1959-1989) [View project](#)

Taller de Reflexión sobre América Latina

Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 15 y 16 de octubre de 2009.

Texto publicado en Ernesto Bohoslavsky, Emilce Geoghegan y María Paula González (comp.), *Los desafíos de investigar, enseñar y divulgar sobre América latina. Actas del taller de reflexión TRAMA*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011 (ISBN 978-987-630-110-7). URL: http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/trama/

¿Qué es América latina?

El nombre, la cosa y las complicaciones para hablar de ellos *

Ernesto Bohoslavsky

CONICET / Universidad Nacional de General Sarmiento, ebohosla@ungs.edu.ar

El concepto “América Latina” está absolutamente desperdigado y aceptado en nuestro continente y fuera de él. Quizás sea sólo en España y en Portugal donde sobrevive otro término para referirse a este espacio, Iberoamérica, un término menos recubierto de las pretensiones imperialistas, reaccionarias y ultramontanas que traía implícitas la Hispanoamérica a la que desde 1936 hacía referencias la propaganda franquista. América Latina, el nombre, parece coincidir con la cosa en la imaginación de los latinoamericanos. En las escuelas y las universidades también anida y se reproduce esta convicción: América Latina está ahí y es la que va desde el sur del río Bravo hasta el Cabo de Hornos. Esta presentación intentará problematizar en torno a la existencia de ese sujeto, procediendo a una indagación lógica e histórica sobre su entidad y características intrínsecas. El objetivo último de esta búsqueda impresionista y ensayista es aportar a una comprensión más crítica del término “América Latina” y de los silencios y negaciones que éste implica, así como de sus potencialidades políticas y epistemológicas a la hora de enseñar e investigar algo sobre el continente americano.

A partir de dos preguntas (¿qué es lo latino de América Latina y quiénes son latinoamericanos?) argumentaré que el vínculo entre la cosa y el nombre no es tan transparente como se cree generalmente, y que el nombre puede remitir a muchas cosas a la vez, dependiendo de qué se quiera decir y de quién lo quiera decir. De hecho, postularé que no hay ningún criterio objetivo y coherente que permita recortar una América Latina de otra anglosajona: ni la lengua, ni la historia, ni la religión, ni el territorio o algún rasgo de la población permiten separar siempre y en todo lugar a ambas Américas. De allí que la conclusión de esta presentación es que resulta más fácil y más productivo entender a la identidad latinoamericana por lo que

niega ser que por lo que supuestamente tiene de homogéneo. Es decir, hay que asumirla principalmente como referencia a lo que queda excluido. En ese sentido, América Latina es, como todas las naciones y todas las identidades colectivas, también una comunidad imaginada, donde resulta relevante que los habitantes tengan la sensación, la convicción de que comparten una unidad, independientemente de si esa unidad es demostrable bajo criterios impersonales y relativamente estables (Anderson 1993). De allí la necesidad de entender a las identificaciones como procesos de naturaleza relacional y situacional, esto es, alejadas de cualquier esencia inmutable auto-construida. América Latina como identidad se entiende sólo en su contraste con aquella América que se denuncia como no latina, e incluso como anti-latina.

El nombre y sus orígenes

El origen del término, aunque conocido, vale la pena recordarlo. Es parte de la estrategia cesarista de Napoleón III, que hacia mediados del siglo XIX intentó convertirse en líder de una cruzada los pueblos latinos contra el materialismo y el protestantismo anglosajón. La intentona diplomática parisina debe ser entendida en el marco de una renovada rivalidad inter-imperial entre británicos y franceses por la ocupación de Asia, Pacífico sur, medio oriente y África. En el caso de América, lo que encontramos es una disputa por ganar zonas de influencia cultural que permitieran la expansión de las inversiones metropolitanas, de sus misiones militares y navales y de sus agentes diplomáticos. Encontramos allí dos estrategias imperiales: las intervenciones tradicionalmente imperialistas, como el guiño dado a Orelie Antoine para convertirse en el rey de la Araucanía y la Patagonia en la década de 1860 y, sobre todo, en la decisión de instalar al príncipe Maximiliano como emperador de México entre 1862 y 1867. La otra estrategia, fue de cooptación de las dirigencias de las repúblicas americanas, intención que se adivina en la asimilación de la condición de latinos de franceses y de americanos del sur.

Es decir, el término “América Latina” surge como un esfuerzo consciente y explícito del Segundo Imperio Francés para asimilar sus intereses comerciales y diplomáticos con los de las jóvenes repúblicas americanas, de manera tal de competir en mejor condición con otras potencias europeas como abastecedoras de préstamos, bienes industriales y culturales. La invención de la latinidad tenía varias ventajas simultáneas: la primera de ellas es que dejaba afuera a los ingleses y a los que habitaban en las excolonias británicas, los estadounidenses; la segunda es que desplazaba a España como referencia europea directa para los americanos. Es decir, las élites americanas encontraban la posibilidad de re-ingresar al Viejo Mundo a través

de una potencia económica y diplomática prestigiosa como era Francia, y se evitaban el trago amargo de hacerlo de la mano de la antigua metrópoli colonial, con la cual las cuentas no estaban del todo saldadas tras los enfrentamientos navales de la década de 1860 en el Pacífico sur (Funes 2006:249). La noción de América latina intentó dismantlar las anteriores divisiones geopolíticas e imaginarias. Entre ellas, la más relevante fue la que oponía al Viejo Mundo con el Nuevo. No se trataba ya de las diferencias entre un mundo afianzado, civilizado, adulto y de tradiciones consolidadas, que había descubierto a uno nuevo, joven, impetuoso, selvático e inmaduro. Desde entonces la diferencia era entre dos civilizaciones, la latina y la anglosajona. Si la primera era espiritual y desinteresada, la segunda era crudamente materialista y egoísta; si una alababa al poeta y al genio, la otra adoraba al vil y utilitario metal. No es sino ello lo que *Ariel* de José Enrique Rodó viene a escenificar. La diferencia entre ambos mundos es de naturaleza ética, moral y no tanto biológica o racial, aunque por entonces el término “raza” parecía no tener una dimensión exclusivamente fenotípica.

Más que denunciar la intencionalidad neoimperial que albergaba la intelectualidad francesa que servía a Napoleón III, resulta más interesante conocer las razones de la prolongada aceptación del término “latino” por parte de los desde entonces llamados latinoamericanos. Y la clave del asunto parece residir en el hecho de que la noción de latinidad permitía invisibilizar y quitar del inventario dos herencias consideradas racialmente indeseables: la indígena y la negra. Pero si nos paramos a pensar el asunto hoy, ya iniciado el siglo XXI, resulta insustentable y abusivamente idealista la noción de que espíritus ahistóricos gobiernan la historia, o de que existen esencias inmutables que oponen los pueblos creativos a los materialistas. Sin embargo, América Latina sigue existiendo como denominación. ¿Por qué, a qué se refiere ahora el término?

¿Qué hace que América Latina sea latina?

La búsqueda de alguna esencia latinoamericana termina conduciendo a resultados descorazonadores. Se ha rastreado esa esencia en diversas dimensiones: las lenguas, la religión y la historia. Todas ellas dan como resultado límites y pertenencias disímiles. Se lo hizo en el supuesto de que la América latina es aquella parte de América en la cual se hablan las lenguas ibéricas, romances o latinas, esto es, español, portugués y francés. Eso parece ser cierto, pero el uso del criterio lingüístico tiene algunas complicaciones de definición por un lado, y de corrección política por el otro. Veamos algunos de esos problemas. Uno de ellos es la inclusión del francés entre las lenguas latinas o romances, inclusión que en términos lingüísticos no pa-

rece ofrecer demasiado campo para la discusión. El problema del uso de este criterio idiomático para definir a América Latina es que no nos ofrece límites indiscutidos y objetivos. Si el francés es una de las lenguas latinoamericanas, entonces logramos que los hablantes del *creole* en Haití queden incluidos como parte de la latinoamericanidad, pero esto nos deja el problema de que simultáneamente ingresan a esta identidad los francoparlantes del Québec, lo cual parece contradecir la vieja idea de que América Latina termina allí donde también termina México. ¿Qué hacemos con el Caribe angloparlante y holandoparlante, con una historia de sometimiento colonial, esclavitud y plantaciones de exportación tan comparable con la historia del Caribe hispanoparlante y francoparlante?

Si se trata de vincular espacios que fueron objeto de colonización española y en la cual todavía se habla el castellano, la América latina tiene mucho entonces que ver con la Guinea ecuatorial, a la cual no se la conoce como África latina. ¿Será que Filipinas, vieja colonia española, también era parte de América Latina hasta su independencia? Si la latinoamericanidad reside en la lengua (sea ésta el español, el portugués o el francés), si el hogar del hombre es su lengua, no podemos dejar de incluir entonces en la casa latinoamericana a los millones de latinoamericanos hispanoparlantes y lusoparlantes que habitan en Europa y en Estados Unidos. Pensemos en el caso de Miami, constituida en la ciudad con mayor cantidad de hispanohablantes por fuera de América Latina: en el año 2000 2/3 de sus habitantes tenían al español como su primer idioma (y otro 5% tenía al *creole* haitiano). Cerca del 20% de la población de Estados Unidos es de origen hispanoamericano, y muy buena parte de ellos conserva al español como lengua materna: allí casi 30.000.000 de personas tiene al español como su lengua primigenia.

Quizás el aspecto más ríspido de tomar a la lengua como el aspecto que hace que América latina sea latina no es que incluye a millones de hispanoparlantes que viven en espacios normalmente considerados como no latinoamericanos. El punto más polémico es a los que deja afuera de América Latina, pero que viven en territorios tradicionalmente considerados latinoamericanos. Definir a América Latina como el espacio en el que se habla las lenguas romances excluye a amplias poblaciones originarias en las cuales el uso y reproducción de sus lenguas es un fenómeno vivo, aunque siempre sometido a amenaza. Cerca de quinientas lenguas originarias se desparraman por todo el continente, sin que la denominación “latino” les haga justicia (Funes 2006:258). El guaraní en Paraguay y Argentina, las versiones del maya en Guatemala, el aymara y el quechua en Bolivia, Ecuador y Perú, y sin lugar a dudas las lenguas amazónicas, son testimonios de un continente más multilingüe de lo que se suele reconocer. No está demás recordar que varias reformas constitucionales realizadas en los últimos veinte

años han ido en el sentido de reconocer el carácter multilingüe de muchas de las sociedades latinoamericanas. Definir a la América latina como aquella en la que se habla la lengua del conquistador parece ser un ejercicio poco afín para el desarrollo de políticas emancipatorias y de revalorización de las herencias precolombinas y las poblaciones subalternas.

El intento de definir la identidad latinoamericana a partir de su pertenencia exclusiva a la fe católica también puede suscitar múltiples problemas. No sólo porque no hay allí ninguna particularidad, dado el carácter universal de dicho credo y de la institucionalidad eclesiástica, sino porque oculta dos fenómenos igualmente muy evidentes: a) la diversidad religiosa detectada en el continente, donde hay presentes múltiples iglesias (sea las provenientes del mundo europeo, mediterráneo o norafricano como los protestantes, musulmanes, judíos, etc.) y confesiones (incluyendo a las recreaciones de aquellas provenientes de las poblaciones originarias o las transplantadas, como las descendientes de esclavos); b) la diversidad de prácticas y de nociones religiosas existentes bajo la etiqueta católica, en la cual es posible encontrar múltiples formas de sincretismo territorialmente localizadas.

Un esfuerzo más sistemático y exitoso se ha hecho por vincular los límites del continente latinoamericano con el peso de la experiencia colonial hispano-portuguesa. Esta apuesta parece descansar en dos posibles explicaciones. La primera es de tipo territorial y la segunda es histórico-identitaria. Según la primera de ellas, el territorio de América latina es aquel que fue objeto de ocupación y saqueo colonial a lo largo de 3 o 4 siglos, o para decirlo rápidamente, desde el desembarco de Colón en 1492 hasta la batalla de Ayacucho, o quizás hasta la guerra hispano-cubana de 1898, que borró el último vestigio de presencia colonial española en América y simultáneamente constituyó el primer vestigio de presencia colonial norteamericana en América. De allí que el espacio latinoamericano se entienda como posterioridad y a la vez como rechazo a la experiencia colonial. Si mantenemos esta caracterización histórica, no hay nada que justifique la exclusión del Caribe –sea anglo, franco, hispano u holandoparlante– de la América Latina. Otra de las dificultades de esta definición es que hay muchas regiones que normalmente se consideran como integrantes de América latina que no fueron objeto de ocupación en tiempos coloniales y ni siquiera durante el primer siglo republicano. Casos como el del corazón amazónico, la Araucanía, la Patagonia, amplias fracciones del norte de México, no fueron objeto de apropiación por parte de las coronas metropolitanas, más por falta de capacidad económica y militar que de voluntad política. Así, sostener que el millón de km² que componen la Patagonia no es parte de América Latina parece un poco descabellado, pero ajustado a la definición antes expuesta.

Otro problema subyacente a esta caracterización de América como hija de la experien-

cia colonial es que hay espacios que sí fueron conquistados y ocupados por las monarquías ibéricas, pero que actualmente constituyen partes de unidades políticas que se entiende que no forman parte de América latina: se me ocurren los ejemplos de la Louisiana vendida a Estados Unidos en 1803, las islas Malvinas, *de facto* bajo soberanía inglesa, pero también –y sobre todo– las regiones que pasaron de la soberanía mexicana a la norteamericana tras la guerra que enfrentó a ambos países a mediados del siglo XIX. La ocupación española de la Florida no hace que la península en cuestión sea parte de América latina. ¿Qué hacer con Puerto Rico, que vivió una larga experiencia colonial hasta 1898 y que actualmente es un Estado asociado a Estados Unidos? Puerto Rico ha compartido muchos de los rasgos y procesos de la historia latinoamericana, pero su actual pertenencia a la órbita política de Washington hace un tanto discutible su inclusión, mientras que el vínculo de La Habana con Moscú no imposibilitó que se la considerara parte de América Latina (pero no de la OEA, de la que expulsada a inicios de la década de 1960).

La idea de que el continente latinoamericano es hijo de la experiencia colonial, y que esta condición subalterna y explotada es la que ha determinado buena parte de su autoconciencia, su identidad y su ubicación en el orden internacional socio-económico amerita un poco más de análisis. El principal de los problemas es seguir definiendo al continente por su relación subordinada frente a las metrópolis europeas, eternizando en nuestro imaginario la condición colonial e infantil. La idea de que la experiencia colonial desarrollada hasta la década de 1820 es la que le da a América Latina su identidad, constituye en muy buena medida una justificación para no atender a los problemas sociales y políticos generados por el orden republicano desde hace ya un bicentenario que nos aprestamos a celebrar un tanto acríticamente. Tiene implícita la idea de que nada relevante ha ocurrido en estas tierras desde que la batalla de Ayacucho aseguró la independencia de los nuevos Estados, y que los conflictos sociales y económicos por los que han atravesado y atraviesan las naciones del continente tienen su origen exclusivo y fatalista en la desigualdad intrínseca del orden colonial, tal como postularon durante décadas la teoría de la modernización y las versiones marxistas y estructurales (Cibotti 2003:11).

La cuestión no se resuelve incorporando más corrección política: no avanzamos demasiado si sólo presionamos para que se destaquen presencias tradicionalmente negadas o invisibilizadas. Una vez que demos cuenta de que el término latino no hace justicia a las presencias negra, indígena, asiática, judía, musulmana, centroeuropea, etc., ¿qué sigue? ¿Hasta donde se puede seguir en la política de rehabilitación de los componentes étnicos del continente, siendo que cada uno de esos componentes es también una comunidad imaginada? Nada de eso

soluciona las enormes dificultades existentes para resolver la pregunta que da título a la siguiente sección.

¿Quiénes son América Latina?

La respuesta a esta pregunta se pueden dividir en dos grupos: las que señalan a los territorios que son América Latina y las que indican a las personas que son América Latina. Ambas estrategias tienen potencialidades y problemas. Veamos primero la respuesta de tipo territorial ¿América Latina es el espacio al sur del río Bravo o es el conjunto de estados nacionales que allí existen? La aceptación de que la pertenencia a América Latina es únicamente cultural es compatible con la premisa de la fidelidad política primordial e irrenunciable a la unidad política nacional. Señalar que América Latina se compone de Estados nacionales implica un ejercicio inocultable de legitimación de los Estados nacionales, de su origen y de su supervivencia en el tiempo. El resultado de reificar a la tierra como la que automáticamente latinoamericaniza a quienes la habitan, debe enfrentarse al desafío de que no basta la contigüidad geográfica para tener homogeneidad cultural: ¿son latinoamericanos los colonos menonitas que habitan en el Paraguay y en la provincia de La Pampa? Nacieron aquí, pero su pertenencia a América Latina podría aparecer como nebulosa si atendemos a la autoadscripción y a los criterios tradicionalmente usados para definir al continente.

Si la respuesta a quiénes son América Latina es por personas y no por territorios, entonces tenemos otra situación. La primera es que se desnaturaliza a las fronteras políticas nacionales, recurrentemente afirmadas como intocables, necesarias e inmutables. Eso permite apreciar los movimientos de las personas y las prácticas y creencias compartidas más allá de las divisiones político-administrativas. Pero tenemos la cuestión de qué pasa con los latinoamericanos en la diáspora, que no viven en América Latina. Las decenas de miles de ecuatorianos que residen en Madrid y los miles de peruanos en Los Angeles, ¿son latinoamericanos? La respuesta puede ser unánimemente que ellos sí lo son, pero no las tierras en las que viven. ¿Y sus hijos?, ¿se puede ser latinoamericano a pesar de haber nacido en tierras metropolitanas?, ¿requiere de dos padres latinoamericanos alguien para tener esa pertenencia o basta con uno solo?, Supongamos que el joven es bilingüe y que domina el inglés y el español, ¿es latinoamericano? Imaginemos el caso inverso, una pareja de suecos que se mudan a Santiago de Chile y su hijo nace en Las Condes: ¿es latinoamericano?

Estas preguntas, más ridículas que agudas, intentan mostrar que el límite de la América Latina no reside en sus costas sino que se esfuma y reconstituye con cada desplazamiento de

sus habitantes. Los barrios de Barcelona en los que se apiñan marroquíes, colombianos, nigerianos y argentinos, parecen ser no sólo parte de Europa, sino simultáneamente de América Latina, de África, de Europa y de otras múltiples identidades y formas de pertenencia, híbridas, en permanente transformación en un mundo de fronteras también cada vez más móviles (más para el capital que para las personas).

A pesar de eso, desde hace décadas en el continente reina la convicción de que América Latina es un sujeto colectivo identificable, del cual se pueden predicar cosas: “América Latina decidió tal cosa”, “América Latina se cansó del neoliberalismo”, “América Latina no va a tolerar tal otra”. Esa pretensión sólo es posible de sostener si se piensa que ese objeto no sólo existe sino que es unívoco, lo cual no creo que sea cierto, especialmente en estos tiempos. Es más, uno podría especular con el hecho de que el continente americano se encuentra hoy en un proceso de acelerada diferenciación interna. Es cierto que hay tendencias continentales que hacen que los países sigan compartiendo muchas características, como la situación de vulnerabilidad frente a las fluctuaciones económicas internacionales, los niveles de dependencia con respecto a decisiones tomadas en el exterior, etc. Pero también es necesario reconocer la existencia de una serie de tendencias a la diferenciación internacional e intranacional en América Latina. Quisiera señalar tres ejemplos. El primero, mirando a las cúspides sociales del continente. El estilo de vida y los objetos de consumo de las elites latinoamericanas están cada vez más globalizados y resultan isomórficos con respecto a los que se pueden encontrar en decenas de ciudades y metrópolis europeas y norteamericanas. Allí hay un proceso de diferenciación social hacia adentro y de asimilación hacia afuera. El segundo ejemplo guarda relación con respecto a la emergencia cada vez más notoria y poderosa del llamado Cuarto Mundo, es decir, de las fuerzas de los pueblos originarios y sus descendientes, que están inmersos en un proceso de plena politización de sus identidades étnicas. El surgimiento político de éstas desafía la tranquilizadora noción de mestizaje, puesto que permite apreciar los niveles de colonialismo existentes en América latina, así como lo poco justiciero que es el término “latino” para la diversidad de formas de vida existentes en estas tierras. El tercer ejemplo de este proceso de diferenciación creciente del continente es el que proviene de los efectos del Tratado de Libre Comercio de América del norte. Algunas de las consecuencias más visibles tienen que ver con un fuerte proceso de *americanization* en México, expresado en modificaciones de prácticas culturales, lingüísticas y de consumo. La tracción que genera Estados Unidos sobre la economía mexicana, sobre sus trabajadores e incluso sobre las redes del narcotráfico lleva a pensar seriamente en que el destino del país azteca estará crecientemente ligado a decisiones de la Casa Blanca (lo propio quizás pueda decirse de Colombia), más que al bloque regional

que en el sur alientan Caracas, Brasilia, La Paz y Buenos Aires.

Conclusión

La idea que he tratado de defender aquí es que no hay manera lógica ni objetiva de encontrarle un límite a América Latina. Tanto si usamos el criterio lingüístico como el religioso o el histórico, terminamos desvistiendo a un santo para vestir a otro. ¿Arrojamos el niño con el agua sucia o qué?, ¿exiliamos el término América Latina de nuestro vocabulario por impreciso y por políticamente incorrecto, al seguir invisibilizando las presencias negras, africanas y asiáticas en el continente? Si sirve de consuelo, ideas más o menos parecidas han sido postuladas en los últimos treinta años por las ciencias sociales acerca de la noción de Oriente, de Asia e incluso de Europa, en el sentido de que también son invenciones que ocultan presencias, que legitiman intereses imperiales y que apuntan a eliminar la heterogeneidad (Said 2003). Pero mal de mucho consuelo de tontos...

Creo que lo interesante no es que carezca de rigor la definición de América latina, sino el hecho de que esa definición se mantiene en pie y con buena salud. La supuesta homogeneidad de América Latina aparece crecientemente desmentida en muchos procesos y fenómenos actuales, pero simultáneamente reafirmada en los discursos públicos y en el sentido común de quienes habitan de México al sur. La comunidad imaginada de América Latina es de aquellas que más sistemáticamente se reconoce como real y es vivida como tal, tanto adentro como fuera del continente, aunque asociadas a distintas valoraciones. Entonces, el asunto relevante es que estamos frente a una identidad colectiva, sistemática y voluntariamente asumida y no frente a pertenencias falsables o justificables racional y lógicamente. La razón de esta notable fortaleza de la pertenencia latinoamericana reside en su capacidad para operar una exclusión política. América Latina sobrevive obstinadamente como identidad no por representar transparentemente a la realidad, sino porque excluye a los norteamericanos -en menor medida a los europeos- y plantea de manera tajante la ilegitimidad del panamericanismo. Por ello la noción de América Latina debe ser entendida mucho menos como una caracterización realista de lo que efectivamente hay y somos y mucho más como una afirmación auto-constituyente de lo que se cree que aquí *no* somos y *no* hay. Un punto interesante a discutir a futuro ronda en torno a qué ocurrirá en la medida en la que se sigan “latinizando” prácticas culturales y patrones demográficos en Estados Unidos, al punto que se nos haga más difícil encontrar allí algo sistemáticamente distinto a nosotros.

Bibliografía citada

- Anderson, Benedict (1993), [1981], *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*; México: Fondo de Cultura Económica.
- Cibotti, Ema (2003), *Una introducción a la enseñanza de la historia latinoamericana*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Funes, Patricia (2006), *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*; Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Said, Edward (2003), [1978], *Orientalismo*; Barcelona: Debolsillo.

* Agradezco los comentarios de María Paula González a una versión anterior de este texto, así como a los participantes del Taller de Reflexión sobre América Latina, por sus observaciones y preguntas.